TANIA SIGLINDE
École de bibliothéconomie et des sciences de l'information (EBSI)
Université de Montréal
Montréal, Québec, Canada
tsiglinde@yahoo.com

Del cri al bambara, el encuentro de dos nortes

Recuento de un viaje intercultural de los indígenas cri de Québec a Malí

Introducción

En noviembre de 2005, siete jóvenes estudiantes de la escuela secundaria Eeyou de la reserva indígena de Chisasibi en el norte de Québec, Canadá, hicieron un viaje que duró 20 días a Malí, un país en el norte de África cuya mera existencia ignoraban. El objetivo oficial de este viaje era que participaran en un concurso de cortometrajes junto con varios jóvenes malienses en Bamako. El objetivo real consistió en romper su ostracismo habitual para enfrentarlos a una cultura radicalmente diferente, en cuya realidad sin embargo reconocieron muchos puntos comunes.

La cuestión lingüística en este viaje fue bastante peculiar: los dos adultos responsables del grupo, así como una de las estudiantes, son quebequenses, por lo que su lengua materna es el francés. Los seis niños restantes hablan cri, lengua ancestral de la etnia del mismo nombre, su segunda lengua usual es el inglés y varios de ellos han cursado parte de sus estudios en francés, lengua en la que se desenvuelven con dificultad, puesto que es menos usual en su entorno. Por otro lado, las dos lenguas oficiales del país anfitrión son el francés y el bambara, lengua materna utilizada por gran parte de los habitantes. Como intérprete del grupo, mi papel consistió en traducir del francés al inglés y viceversa cuando era necesario, ya que, gradualmente, los jóvenes cris fueron adquiriendo confianza para expresarse por sí mismos en francés y que, en repetidas ocasiones, compartir una lengua salía sobrando cuando se trataba de establecer una comunicación espontánea con nativos unilingües bambaras.

No se tratará aquí de un estudio exhaustivo de los dos pueblos en cuestión. Presentaré esta experiencia intercultural desde la perspectiva cri, por ser la que yo viví más de cerca. Para ello, me apoyaré igualmente en las observaciones fruto de numerosas conversaciones que he tenido con el etnomusicólogo Gérald Côté, que desde 2004 es maestro de música en la comunidad de Chisasibi.

Contexto histórico[1]

Chisasibi es una población de cerca de 3 500 habitantes, la gran mayoría de ascendencia cri, seguidos por los de ascendencia inuit. También hay en menor número los de ascendencia no indígena, que viven en la comunidad para trabajar principalmente en la escuela, en el hospital y en otras instancias oficiales. Chisasibi se encuentra en la parte meridional de la provincia de Québec, a una distancia de casi 1,000 km. en línea recta respecto a la metrópolis de Montreal. Aunque es la última comunidad accesible por carretera, la población más próxima se encuentra a no menos de 250 km. de distancia. De esta manera, la comunidad (como muchas otras "reservas" indígenas en Canadá) vive en un estado de relativo aislamiento.

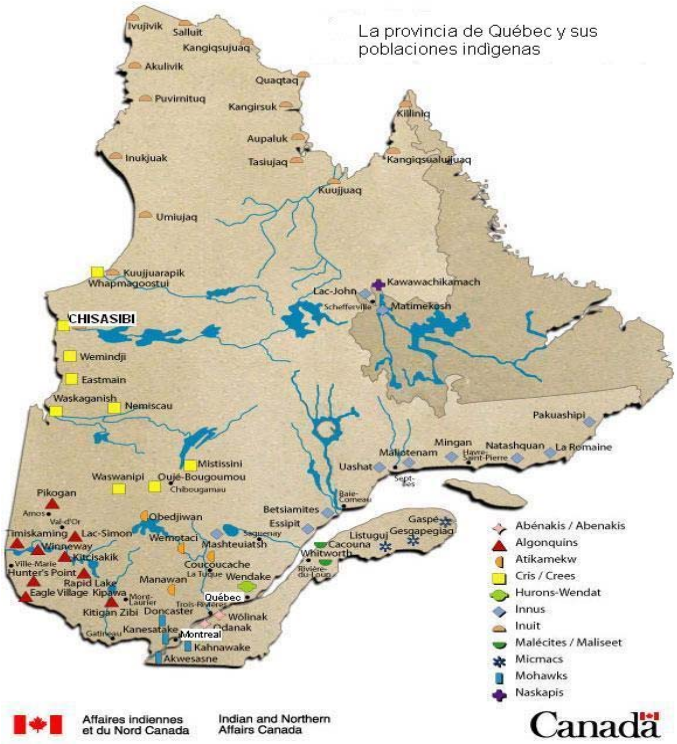
Tal situación se acentúa sin duda debido a la naturaleza conflictiva de las relaciones entre los nativos de la región y la gente que viene de fuera. La comunidad de los cris de la región de la bahía James ha experimentado momentos trascendentales de presión social como resultado del contacto con diversas culturas ajenas a su territorio desde principios del s. XVII. Esto ha tenido como consecuencia principal una transformación radical en su modo de vida tradicional. El primer contacto significativo con una cultura occidental se produjo con la llegada del británico Henry Hudson y su tripulación en 1610. Incontables trabajadores escoceses vinieron a laborar y a vivir en la región a lo largo de todo el s. XVIII. Este primer contacto implicó grandes cambios, pero estuvo regido por un espíritu de colaboración y de respeto por ambas partes. Sin embargo, a partir de 1867, momento en que se constituyó la confederación del Canadá, y hasta la década de 1960, se establecieron políticas gubernamentales de asimilación que, basándose en la teoría de que los pueblos indígenas eran inferiores y por lo tanto incapaces de gobernarse adecuadamente, trajeron consigo una pérdida gradual de la autonomía en las diferentes comunidades, así como a una dinámica de dependencia respecto al gobierno. Se cometieron toda clase de abusos con los indígenas, principalmente con los niños, bajo el pretexto de integrarlos a la cultura dominante. Se vieron distanciados de sus familias y de sus comunidades y forzados a renegar de su lengua y sus costumbres. No es sino hasta la década de 1960 que surgieron diversos movimientos de afirmación de

[1] Este capítulo se inspira del artículo *Acculturation et ethnocentrisme: Réflexion d'un ethnomusicologue enseignant en musique chez les Cris de la Baie James* de Gérald Côté. Éditions Libre Hauteur, Chisasibi, 2005. Consulta electrónica en la dirección URL: <http://gerald.cote.net/Diffusions/ARTICLE_chisasibi.pdf>.

identidad, los cuales han propiciado que haya un mayor reconocimiento de los derechos de estos pueblos. Las diferentes comunidades han debido adaptarse a fin de lograr un equilibrio que les permita integrarse a la sociedad, pero sin abondonar sus tradiciones y su identidad cultural. Sin embargo, su actitud general hacia los blancos y la gente que viene de fuera tiene aún tintes de hostilidad y de desconfianza.

Actualmente, a pesar de que siguen existiendo conflictos y abusos, las comunidades han logrado tener mayor presencia en el panorama político del país, lo que les ha permitido ejercer un poder de decisión en cuanto a sus políticas internas. Por ejemplo, los planes de estudio del nivel básico difieren sensiblemente de los impartidos en el resto de la provincia. Cabe destacar las medidas de enseñanza para evitar la pérdida de las lenguas y costumbres ancestrales. Dichas normas educativas dictan que durante los primeros años de educación, hasta el tercer grado de la primaria, los niños aprendan solamente en la lengua ancestral cri. A partir del cuarto año, tienen la posibilidad de continuar en una de las dos lenguas oficiales, el inglés o el francés. Asimismo, durante toda su formación básica se les imparten cursos de cultura cri tradicional.

La provincia de Québec y sus poblaciones indígenas[2] - Localización de Chisasibi con respecto a las urbes



Un viaje intercontinental tras bambalinas

El origen del proyecto

Los cris han sido grandes viajeros por tradición, pues hasta fechas muy recientes dependían de la caza y la pesca para alimentarse, lo que los obligaba a llevar un modo de vida seminómada dentro de un gigantesco territorio. Sin embargo, lo anterior no implica que tengan un espíritu sumamente aventurero, puesto que raras veces buscan conocer nuevos lugares si no están motivados por razones de supervivencia. Por lo mismo, para muchos de ellos la idea de viajar a África con un grupo de jóvenes pareció descabellada en un principio.

El impulsor de este proyecto fue el actual maestro de música a nivel secundaria en la escuela Eeyou de la Bahía James, el etnomusicólogo quebequense Gérald Côté, quien es un trotamundos incansable. Malí ha sido uno de los destinos que con mayor frecuencia ha visitado desde la década de 1990, debido a investigaciones y otros contratos laborales relacionados con la música. Al momento de empezar a trabajar en Chisasibi, en septiembre del 2004, pudo percatarse de los paralelismos existentes entre la cultura cri y los pueblos de Malí que conocía, tanto en lo que respecta a las tradiciones como en el asunto del conflicto de identidad que ha acarreado el contacto con la cultura occidental. Uno de los objetivos fundamentales de esta experiencia fue que los jóvenes cris conocieran el significado de la diversidad cultural, de manera que tomaran conciencia de la importancia de conservar viva su propia cultura y de que no permitieran el dominio de una cultural occidental impuesta artificialmente. Por ello, durante el viaje se buscó que entraran en contacto con varias de las etnias que cohabitan

[2] Fuente: Ministerio de asuntos indígenas y del Norte de Canadá. Disponible en línea en la dirección URL: <http://www.ainc-inac.gc.ca/qc/aqc/nat_f.html>. Mapa original ligeramente modificado.

en Malí, las culaes difieren sensiblemente entre sí. Así, tuvieron la oportunidad de conocer las etnias bambara (mayoritaria en Malí), tuareg, peul y dogón.

El proceso previo al viaje

La invitación para participar en esta aventura se hizo extensiva en septiembre del 2005 a todos los estudiantes de nivel secundaria de la escuela Eeyou de la Bahía James, en Chisasibi. Todos aquellos que se mostraron interesados fueron entrevistados individualmente con el fin conocer sus motivaciones y evaluar su potencial para involucrarse en un proyecto tan exigente en todos los sentidos como lo era este viaje. En esta etapa, se seleccionó a una docena de candidatos. El siguiente paso fue tramitar todos los documentos necesarios para el viaje: pasaporte, visa maliense, cartilla de vacunación con las inoculaciones exigidas para ingresar a dicho país. Desgraciadamente, en esta segunda etapa, cerca de la mitad de los candidatos fueron excluidos a causa de irregularidades o retrasos para obtener sus documentos oficiales. Esto, sin embargo, nos permitió observar un aspecto interesante de la cultura cri, puesto que pudimos constatar que el valor que se le otorga a los documentos difiere radicalmente de una cultura a otra. Mientras que para los funcionarios occidentalizados los papeles implican una carga de verdad absoluta, para el cri promedio es inconcebible que un papel valga más que su simple presencia para comprobar que ha nacido, por ejemplo. La situación fue aún más delicada cuando para uno de los niños fue necesario obtener una firma de autorización de su padre biológico y el padre adoptivo afirmó ser él el único padre, pretendiendo con tal afirmación invalidar los datos inscritos en el acta de nacimiento del niño. Sucedió algo parecido con la chamán y maestra de cultura cri (única adulta cri que acompañaría al grupo) que no pudo tener a tiempo ninguno de sus papeles puesto que no pudo comprobar a tiempo cuál era su nombre oficial, mismo que ni ella conocía con certeza.

Después de este proceso largo y agotador, el número definitivo de candidatos que emprendieron el viaje se mantuvo en siete[3]. En el grupo, las principales etnias que viven en Chisasibi estuvieron representadas: los dos candidatos de sexo masculino eran de origen inuit, cuatro mujeres fueron de origen cri y una quinta, quebequense. Los adultos que acompañaron a Gérald Côté en el viaje fueron la igualmente quebequense Lise Lacaille, personaje bien conocido dentro de la comunidad de Chisasibi puesto que hace 18 años que es maestra ahí, y yo, que, aunque mexicana de nacimiento, estudié traducción del inglés al francés en Canadá y conocía previamente tanto la comunidad cri de Chisasibi, por razones de trabajo, como las dos regiones de Malí que visitamos durante el viaje, pues fui asistente de Gérald Côté durante una investigación etnomusicológica anterior.

Combinación de dos proyectos complementarios

De manera paralela, el equipo de la Iniciativa Taling Dialo (organismo independiente con base en Canadá que ofrece capacitación cinematográfica para grupos desfavorecidos) preparaba desde Montréal la tercera edición del concurso *72 Heures Chrono* (72 horas contra el reloj). Se trata de un concurso amateur de filmación de cortometrajes, para el cual Taling Dialo ofrece el acceso al equipo así como una capacitación profesional a lo largo de tres días. La edición 2005 se llevaría a cabo en Bamako, la capital de Malí, la última semana de noviembre, de manera simultánea a la Cumbre África-Francia. Sabiendo del proyecto de viaje de los cris a Bamako por esas fechas, el equipo de Taling Dialo propuso a Gérald Côté que los jóvenes se unieran al concurso para poder plasmar su experiencia en un documento audiovisual y la idea fue muy bien recibida por todos los participantes. Igualmente, obtuvieron un financiamiento para filmar un largometraje profesional realizado por Taling Dialo con el fin de mostrar al mundo este encuentro histórico.

Estableciendo lazos de comunicación

El pueblo cri, como muchos de los pueblos ancestrales de América del Norte, es un pueblo de tradición oral. Esto quiere decir que la transmisión del conocimiento en general no se hace por medio de la escritura sino de la palabra, característica que tienen en común con los malienses. En la práctica, se podría decir que su herencia de la tradición oral se traduce en una gran capacidad de escucha y por lo tanto de adaptación frente a situaciones desconocidas. No obstante, cabe mencionar que la manera de interactuar y de comunicarse es muy diferente entre la etnia cri y los pueblos de Mali. Por un lado, los cris son reservados, discretos y sumamente púdicos, razón por la cual el contacto físico en público es muy reducido. En contrapartida, los malienses son extrovertidos, dicharacheros, ruidosos y muy desenfadados en cuanto al contacto físico. Los adultos acompañantes temimos que los primeros se sintieran intimidados y que eso provocara una reacción de rechazo y de aislamiento o aún de hostilidad. El primer contacto entre ambas etnias fue sorpresivo, sobre todo para los cris, tanto hombres como mujeres, ya que no están acostumbrados a una interacción física tan próxima. Sin embargo, por su parte, la actitud predominante general durante el viaje fue de respeto y comprensión, así como de buen humor. Les tomó varios días, por ejemplo, acostumbrarse a ver a dos hombres caminando de la mano amigablemente. Pero en temas tan controvertidos como el matrimonio poligámico, común entre los musulmanes, a pesar de que lo percibieron como algo muy difícil de entender, no emitieron juicios. La integrante más joven del grupo comenta

[3] Para ver las fotografías de los jóvenes participantes y conocer sus motivaciones para asistir a este viaje, consultar el sitio Internet del proyecto, en la dirección: <http://www.creasmali.org/Candidats_photo_9.htm>.

que, tras haber recibido una propuesta de matrimonio de un hombre que le explicó que ya tenía otras tres mujeres, a ella le pareció inmoral “no para ellos”, dijo, “pero sí para mí”. De esta manera, lograron siempre mantener un clima de camaradería y de colaboración con los miembros de los diferentes equipos que participaban en el concurso de cortometrajes y con el resto del personal. Es más, para nuestra gran sorpresa, dejaban de lado su timidez usual, para hablar de sí mismos y de su cultura cuando los curiosos malienses los cuestionaban al respecto.

Pero sin duda, el contacto más inmediato e intenso se produjo con los niños. La primera mañana que estuvimos en Bamako, la capital de Malí, salimos a conocer a pie el barrio donde nos hospedábamos, Lafiabougou, un barrio popular. Los niños de las casa vecinas, intrigados, nos venían a observar, reían estrepitosamente y hacían comentarios en voz alta que nosotros no podíamos entender, puesto que hablaban en bambara. Conforme caminábamos se acercaron a nosotros, tocándonos a veces las manos. Muchos de ellos no habían visto nunca un blanco y sus conocimientos del francés se limitaban a la frase “Bonjour, ça va?” (Buenos días, ¿cómo están?), la cual repetían incesantemente buscando establecer una conversación. Los cris les respondían en inglés, pero los niños de la calle no entendían, los cris se dirigían a su compañera cuya lengua materna era el francés para que les tradujera, pero los otros seguían sin entender, así que gradualmente optaron por emplear un lenguaje de signos que causaba mucha gracia tanto a unos como a los otros, pero que resultó ser eficaz y más que suficiente.

Explorando diversas culturas

El viaje estuvo dividido en dos grandes partes: la primera se desarrolló en la ciudad de Bamako y duró cerca de diez días, en los cuales se llevó a cabo la capacitación cinematográfica de los participantes, así como la filmación y la edición de los cortometrajes. En esta primera etapa, pudieron convivir con nativos de origen bambara y pudieron conocer a una caravana de origen tuareg (etnia nómada del desierto ubicado en el norte del país), que estaban de paso por la capital. La segunda parte del viaje fue la exploración de una región del país conocida con el nombre de País Dogón. De camino, en la ciudad de Bandiagara, nos cruzamos con una caravana de peuls, otra etnia también nómada, que bailó y cantó para nosotros. Por último, convivimos con la etnia de los dogones.

La región del País Dogón cubre una vasta superficie de la frontera con Burkina Faso y aún ahora es de muy difícil acceso, debido en gran parte a su geología accidentada. Las aldeas dogones han sido establecidas azarosamente en las fallas y acantilados que caracterizan el paisaje de la región. Las rutas y los medios de transporte son precarios, los habitantes viven en un gran aislamiento respecto a las conglomeraciones circundantes. No hay servicios como electricidad o agua corriente. Para los cris, fue un gran aprendizaje realizar actividades de sustento básico tales como buscar el agua para la ducha matinal o desollar un cabrito para la cena. Lo más interesante era verlos tomar conciencia de que las mismas actividades hacían sus ancestros hasta fechas muy recientes y que muchos siguen haciéndolo aún cuando van de caza. Se sorprendieron mucho de ver que gente de todas las edades trabaja las tierras de sol a sol, bajo el calor inclemente, Ciertamente, advertimos que cada vez hay menos jóvenes, ya que éstos prefieren migrar a las ciudades en busca de un futuro que idealizan como más prometedor.

Lo que más los asombró fueron las ganas de vivir que transmite la gente y su alegría contagiosa ante las cosas más simples en condiciones tan difíciles. Constataron que en efecto es un pueblo extremadamente pobre, pero no es miserable. Una de las integrantes reflexionaba a su regreso: “No tienen mucho desde un punto de vista material, pero tienen amor y se tienen a sí mismos. Y eso les es suficiente para salir adelante”. Se identificaron particularmente con su concepción animista del mundo, ya que, aunque ambas comunidades han sufrido conversiones religiosas (del animismo al monoteísmo, anglicano o católico en el caso de los cris; musulmán o igualmente católico en el caso de los malienses), su mentalidad colectiva está moldeada hasta un cierto punto por las prácticas de sus ancestros. Comparten, por ejemplo, la costumbre de ofrendar a la tierra el primer bocado de su comida o un trago de su bebida antes de empezar a comer. Comparten igualmente el respeto inquebrantable hacia los ancianos, sobre todo para los jefes y los chamanes. Fue un gran descubrimiento para ambas partes constatar hasta qué punto una cultura muy particular, con una evolución totalmente diferente a la suya, podía tener tantas similitudes.

Misión cumplida

Es difícil evaluar el impacto que una experiencia tan compleja tendrá a largo plazo en la comunidad. Sin embargo, el saldo hasta ahora ya ha sido sumamente positivo. La comunidad en su conjunto se ha mostrado muy conmovida por lo que estos jóvenes tuvieron la oportunidad de vivir. Se han hecho repetidas funciones mostrando “Miroir en face” (Frente al espejo), la película realizada por el equipo de Taling Dialo y cada vez los espectadores han terminado de verla cansados y satisfechos. El comentario generalizado es: “Viajamos a través de ellos. Es como si nosotros también hubiéramos estado ahí todo el tiempo”. Esto ha generado un interés por conocer las muchas culturas desconocidas para ellos en el mundo, así como un interés mayor, al menos por

parte de algunos de los participantes, de conocer y valorar más su propia cultura y sus tradiciones. Además, también ha despertado en varios miembros de la comunidad la inquietud de filmar todo tipo de testimonios culturales.

Para quienes los acompañamos durante el viaje, el objetivo de dejar que los jóvenes cris se abrieran a un mundo nuevo se logró plenamente. Creemos que las condiciones fueron favorables para que aprovecharan la convivencia cotidiana y el intercambio de ideas en una realidad muy distinta a la suya. No fuimos los únicos en juzgar así la situación. De hecho, el jurado del concurso *72 Heures Chrono* otorgó al equipo de Chisasibi el primer premio por su cortometraje porque, a su parecer, “los niños dejaron hablar a su corazón” sobre las bellezas del país que los acogía. De manera muy simple, reflejaron la complejidad de los lazos que unían a los dos pueblos. Este encuentro histórico entre el norte semipolar de América y el norte semidesértico de África se quedará grabado en el espíritu de todos aquellos que hemos tenido la suerte de presenciarlo.